

Reiteración y vanguardia*

Durante la década de los años veinte la literatura iberoamericana encuentra su momento clave con la irrupción de las vanguardias históricas que, sobre la base de una colosal *fractura* artística —literatura, artes plásticas y música— manifestaron los cambios operados por las sociedades del continente en el proceso de modernización estética.

El empuje creador surgido durante esos años (1916-1935) se consolidará en décadas sucesivas. Con los movimientos de vanguardia se observan los primeros síntomas de originalidad absoluta y el surgimiento de la independencia literaria frente a los modelos europeos, lo cual parecería, si hiciéramos caso a un buen número de estudios, un hecho, al menos, paradójico. Pero no es así. Y aunque aún no disponemos de una bibliografía académica que nos explique cómo la aparición de figuras paradigmáticas de la poesía moderna como Huidobro, Vallejo, Neruda, Borges o Paz, junto con el posterior *descubrimiento narrativo* —para Europa y EE.UU.— de los Asturias, Rulfo, Carpentier, Lezama, Onetti, de nuevo Borges y los cercanos García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes, Cortázar y otros... confirma esa *otredad* americana, a través de la fijación de un *texto literario de la modernidad* propiciado por las vanguardias históricas del primer tercio de siglo y su labor de culminación con la ruptura producida tras el modernismo. De todo esto aún esperamos una rigurosa labor investigadora que indague, pregunte y nos responda el papel jugado por nombres como Leopoldo Lugones, Manuel Maples Arce, José Juan Tablada,

Martín Adán, Ricardo Güiraldes, Luis María Queremell, Macedonio Fernández, Mariano Brull, Rafael Arévalo Martínez, entre otros, pues ocupan ese espacio de singularidad en el arranque de nuestra historia contemporánea. Y no me refiero aquí a la monografía hagiográfica y personal de cada escritor, que las hay, sino al estudio de conjunto y de contexto, de estos y otros nombres. Lo cierto es que la historia literaria hispanoamericana plantea diversos interrogantes al ser abordada la arqueología de sus vanguardias históricas. Hasta ahora, y me temo que *Las vanguardias latinoamericanas. Textos pragmáticos y críticos* (Cátedra, Madrid, 1991) de Jorge Schwartz está aún en el *hasta* y sobre todo en el *ahora*, era posible definir, sin duda, las particularidades formales y los temas específicos de una determinada época, agrupando las obras que presentan estos rasgos comunes bajo el estilo de ese período (¿para cuándo una traducción española del espléndido libro de Michel Collomb, *La littérature Art-Déco. Sur le style d'époque*. París, 1987?). Pero sabemos que en literatura, en la que sentido y forma son inseparables, el *estilo época* así entendido no es sino una tautología. Para el historiador de las vanguardias literarias la cuestión clave es describir en qué estrato y en qué momento conviene buscar el impacto de época. ¿Es en una obra particular de ese sustrato colectivo e históricamente fechado como es el lenguaje? ¿Es en otro nivel de análisis, por ejemplo, relacionando cambios profundos de la civilización y del modo de vida con la evolución correspondiente de la práctica literaria?

A propósito de esto último escribe George Steiner:

El lenguaje, el estilo, la instrumentalización y la materialidad de un diseño arquitectónico o un fresco están basados en una temporalidad histórica. Las posibilidades de comprensión, las necesidades de esa fundamentación —la ciudad-Estado tardomedieval con referencia a la *Commedia* de Dante; el principio del mercantilismo y la modernidad profana como marco de Shakespeare, la armonía entre *collage* fotográfico, entre libertades cinematográficas de localización espacial y el surrealismo— son de la mayor pertinencia. (*Presencias Reales* 1991, pág. 209)

La historia literaria cuando no tiende a una simple enumeración de acontecimientos, de grupos y de creadores, se ve tentada a remitirse a un cuadro cronológico, atribuyéndole a éste, de manera retroactiva, su vera-

* Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos. Cátedra, Madrid, 1991, edición de Jorge Schwartz.

cidad explicativa. Pero, «con frecuencia, la cronología engaña». En los últimos años se han publicado cuatro antologías: *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica*. (Manifiestos, proclamas y otros escritos), de Hugo J. Verani (Bulzoni Editore, Roma, 1986); *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, de Nelson Osorio T. (Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1988); *Direcciones del vanguardismo hispanoamericano*, de Gloria Videla (Universidad de Cuyo, Mendoza, 1990) y el ya citado de Jorge Schwartz, último de esta reciente serie hasta el momento. Todas estas antologías, muy desiguales entre sí y en sus objetivos, están precedidas por sus correspondientes estudios; sin embargo, todas coinciden en un mismo interés académico: recuperar y actualizar, al tiempo que poner a disposición del lector interesado, un número más que representativo de la irrupción de las vanguardias literarias en Iberoamérica. Ya moderadamente lejanos para una reseña que se pretende de cierta novedad, los libros de Verani y Osorio constituyen un punto de partida (nadie olvida el volumen de Oscar Collazos, *Los vanguardismos en América latina*, Península, Barcelona, 1970, como supongo que tampoco nadie olvida la voluntad noblemente divulgadora del mismo), en el que cada uno contiene un buen número de textos representativos de la llamada vanguardista. Tras la introducción, *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica* (pp. 7-44), generalista y dividida por países, Verani incluye una bibliografía selecta y una ordenación de los textos que sigue la indicada ya en la introducción; por el contrario, y con un criterio más ambicioso, Nelson Osorio, en su correspondiente «Prólogo» (pp. IX-XXXVIII) indaga no sólo el impacto de los movimientos de vanguardia en el subcontinente americano, sino que analiza el contexto intelectual en el que éstos surgen, así como la particular proyección que el conjunto de los *ismos* hispanoamericanos representará en la creación de una textualidad modernizadora. A propósito de ello, introduce una nueva perspectiva de estudio al «reconsiderar y superar ciertas nociones que funcionan, a menudo implícitamente, en la historiografía tradicional del vanguardismo». La antología preparada por Osorio, cuyos criterios de edición quedan nitidamente expuestos en las páginas XXXIX-XL, presenta una mayor concreción historiográfica respecto a la anterior, pues en este caso se opta por una ordenación cronológica, más acorde con

el espíritu de época y con la realidad en la que se produjeron dichos textos. No hay lugar aquí para subrayar el papel jugado por las revistas literarias y culturales de este período, auténticos vehículos de transmisión de la literatura de ese tiempo. Para otra ocasión dejaremos la *enciclopedia* vanguardista de Gloria Videla, pues representa un esfuerzo de síntesis y documentación, junto a un muy riguroso análisis terminológico e historiológico de las vanguardias, poco común en la fragmentada y monográfica crítica hispanoamericanista actual.

Vayamos a la antología preparada por Jorge Schwartz. Tras la presentación de Alfredo Bossi «La parábola de la vanguardia», en la que destaca la vocación comparatista del autor de *Vanguardia e Cosmopolitismo* y sus estudios sobre Oliverio Girondo y Oswald de Andrade, el autor divide su introducción en los siguientes apartados: «América Latina» (pp. 25-28), «Periodización» (pp. 28-32), «Vanguardia, vanguardias» (pp. 32-40), «Utopías americanas» (pp. 40-46), «Miradas retrospectivas» (pp. 46-58) y «Las vanguardias entronizadas: Martinfierristas y Estridentistas» (pp. 59-62). Es decir, un breve y adecuado repaso a las cuestiones que la crítica considera de mayor significación en la definitiva fijación histórica de este período. Lo que constituye el núcleo central del volumen, los *textos programáticos y críticos*, se divide en dos partes. Una primera dedicada a los manifiestos, poemas-programa, editoriales de revistas, introducciones a «las antologías de las antologías de la época», prefacios, panfletos, cartas abiertas y demás textos de varia lección vanguardista, todos ellos organizados bajo un criterio geográfico y respetando un supuesto orden cronológico, y una segunda parte en la que se incorporan, a diferencia de los volúmenes de Verani y Osorio, un conjunto de textos críticos, de acuerdo a un más que discutible orden temático. El calificativo discutible procura no ser gratuito, pues se nos presenta, bajo los epígrafes de «índice general» e «índice temático», un considerable número de textos de diversa procedencia y destino. Un ejemplo de ello sería la incorporación de problemas que si bien están relacionados con el desarrollo literario de Iberoamérica no corresponden al vanguardismo, así los casos del nacionalismo, del indigenismo, del criollismo, la poesía afroantillana... De esta forma, la organización del libro procura una complementariedad temática: países, revistas, antologías —con sus, a menudo, significativos pró-

logos y postfacios—, movimientos de vanguardia (?), la nueva poesía, estética vanguardista y revolución, nacionalismo versus cosmopolitismo, antropología versus verdeamarillismo, Boedo versus Florida, Madrid, meridiano cultural de Hispanoamérica, La raza cósmica, Brasilidad, Indigenismo, Criollismo, Negrismo y negritud... Desconcertante y peligrosamente ecléctica. ¿Todo es vanguardismo *canónico*?, de nuevo, la cronología engaña. Suponemos que la intención es mostrar el más amplio panorama textual historiable bajo el epígrafe *Vanguardias latinoamericanas*, pero, sin duda, a Schwartz se le ha ido la mano en su afán totalizador y compilatorio. Esta, creo, es la mayor objeción a un volumen, por otras tantas cosas valioso y admirable. Pero, claro, es una objeción esencial. No obstante, la valiosa aportación de Schwartz es la incorporación de la literatura brasileña al panorama histórico de las vanguardias históricas: «la demolición del *Muro de Tordesillas* que siempre aisló al Brasil de la América hispana.» (pág. 28). No sólo es una valiosa aportación, sino una buena novedad que se constituye en el leit-motiv de esta antología. Aunque, con el fervor de la innovación, Schwartz se permite en un raptó de pasión afirmaciones como: «la Semana del 22 (...) representa, decididamente, el más fértil de los movimientos de vanguardia del continente» (pág. 10) o el particular protagonismo —respecto a otros escritores iberoamericanos— de Mario de Andrade y Oswald de Andrade.

Sin embargo, salvo la brillante incorporación de los movimientos de vanguardia brasileños, queda, en su vertiente metodológica, la sensación de la reiteración. En efecto, tras el fuerte impulso de recuperación realizado durante las dos últimas décadas —artículos, ensayos, números monográficos de revistas, congresos y seminarios, además de los volúmenes citados— se ha avanzado poco. Por ejemplo, un aspecto olvidado es el de la recepción de las vanguardias en los contextos literarios de Iberoamérica toda, y es un aspecto clave para entender la verdadera significación que representó la «nueva sensibilidad» en el texto de la vanguardia y su posterior proyección: ¿Cuánta gente leía y discutía los manifiestos? ¿Qué representaban dentro de sus ámbitos intelectuales?...

Existe una desconcertante cautela, entre los estudiosos, a la hora de abordar amplios conjuntos históricos

que está impidiendo, lamentablemente, acceder a una perspectiva más amplia de interpretación. El período de las vanguardias parece ser paradigmático; en su estudio y descripción se ha producido, con las excepciones de rigor, una dislocación historiográfica entre la definición —e inclusión en la serie histórica— de texto vanguardista y su relación implícita con los movimientos de vanguardia surgidos entre 1916 y 1935. Esto, siendo grave, no es lo peor. Lo peor, quizá, y en esto el libro de Jorge Schwartz debe una somera explicación a sus lectores, es ese otro *décalage* historiográfico, como es el que se permite unir discurso político y discurso literario, como si en esa amalgama la confusión de elementos dispares —poseedores de una propia hermenéutica textual— valiera como detonante o rasgo de originalidad crítica. Debe subrayarse la constante unilateralidad en la focalización de los objetos de estudio que parecería más que instrumento útil, un obstáculo para la descripción histórica. El actual estado de conocimiento del período de entre guerras mundiales se halla parcialmente centrado al fenómeno de las vanguardias. Peter Bürger, Raymond Williams y ahora Malinescu, han mostrado, unos más satisfechos que otros, cómo la *Teoría Estética* de Adorno ha sido el texto en el que se ha centrado la discusión intelectual de las vanguardias en las últimas décadas. Su lectura ha creado un estereotipo, como es el de una literatura de revuelta y provocación social y política, sobre el que gira cualquier dominio del arte moderno y todo lo demás será etiquetado como retrógrado o pseudomoderno. Pero el error está —ha recordado Popper— en confundir una interpretación con una teoría o una ley. La interpretación es parcial y, si se admite así, útil para ordenar —parcialmente— lo que de otro modo sería una acumulación de anécdotas o un catálogo. Porque la crítica histórica —y quiero suponer que el volumen preparado por Schwartz quiere ocupar ese terreno— admite múltiples interpretaciones, sean coincidentes, complementarias o contradictorias, pero ninguna ley en el sentido de decurso único e inevitable. He ahí el *cul de sac* en el que encuentra quien afronte el estudio de las vanguardias literarias en Hispanoamérica, por ejemplo. Sólo añadir algunas notas que en posteriores ediciones deberían cuidarse, pues aún siendo simples detalles afean el espléndido conjunto; así, las inexactitudes a la hora de considerar a Ramón Gómez de la Serna como ultraís-